

FINALISTA ESTATAL



SIN TÍTULO

Gabriel Blanco Arrue

Colegio Artaza- Romo (Bizkaia)

Era alto y delgado, de carácter tranquilo y mirada alegre. No le importaba en exceso lo que pensarán de él, y por lo tanto, era exclusivamente como él quería ser. Bien informado de lo que ocurría en su mundo, Javier tenía, además, un rasgo que le identificaba realmente bien: llevaba el optimismo hasta su punto más alto. Creía que todo se podía solucionar en la vida, y su mejor arma eran las sonrisas, sonrisas cargadas de felicidad y ánimos, que siempre alegraban los semblantes más serios.

Lucía una de esas sonrisas, cuando metió la llave en la puerta de su portal, y la abrió educadamente para dejar pasar a una vecina que salía en aquel momento, y que le devolvió la sonrisa, acompañada de un “Gracias”. Subió las escaleras de dos en dos (el ascensor estaba roto) y llegó a su casa. Entró, dejó las llaves en una mesilla de la entrada y se dirigió al salón, donde esperaba él, quien siempre había estado ahí, esperándole... Junto a un ventanal que daba a la terraza, con vistas a una ruidosa Madrid que se volcaba la calle cada vez que el sol brillaba, en lo que estaba siendo una realmente lluviosa primavera, un piano de cola, negro como la noche, centelleaba bajo el influjo de las luces del atardecer. Sin quitarse los zapatos, se sentó frente al instrumento y colocó sus manos sobre él. Cuando sus dedos comenzaron a moverse arriba y abajo, a derecha e izquierda, sintió que ya no pertenecía a aquel mundo, y que tampoco lo deseaba. Volaba por un cielo estrellado, mientras de sus manos brotaban cientos de increíbles sonidos. Se concentraba tanto en aquello que odiaba ser interrumpido.

Por eso, cuando alguien tocó el timbre, la bonita canción que estaba tocando acabó repentinamente en un sonoro acorde en la parte baja del teclado, donde las notas eran más graves. Mentalmente, pidió perdón a su piano por aquello, y se levantó deprisa. Llegó hasta la puerta y descolgó el telefonillo:

- ¿Sí?
- Hola Javier... - al ver que éste no decía nada, continuó - ¿No me reconoces? ¡Soy David, tu amigo!
- ¡David! ¡Dios mío! ¿Tú aquí? Ahora mismo te abro, anda, sube...

Pulsó el botón y abrió su puerta, y mientras esperaba su llegada, recordó la última vez que se vieron: fue en el aeropuerto, hacía ya cinco años, momentos antes de que David cogiera un avión a Mali como voluntario de una ONG que ayudaba a los civiles de aquel país africano, constantemente en guerra y realmente pobre.

Cuando ambos se encontraron se fundieron en un cálido abrazo, y Javier pudo comprobar que su amigo había envejecido más que él, como si el estrés de estar constantemente cuidando a personas necesitadas hubiera podido con él. A pesar de todo, se le veía feliz. Se dirigieron al salón y se sentaron cada uno en una silla, y mientras Javier le servía una Coca Cola a su amigo y comentaban todo el tiempo que llevaban sin verse, éste rebuscó en su mochila y le enseñó una pequeña tarjeta donde ponía "Positividad Raudales (Artista)". Javier le miró con el ceño fruncido, y David tomó la palabra:

- Javi, la razón por la que he vuelvo a España es sencilla: necesitamos más voluntarios en el campamento de refugiados donde trabajo, y me han encomendado esa tarea a mí. Siempre has sido muy optimista, y necesitamos optimismo, además tocas de maravilla el piano...

Javier comenzó a comprender que quería su amigo, pero no le interrumpió.

- He venido para convencerte de que vengas conmigo. La ONG ha prometido conseguir un piano para el campamento, para que puedas tocar frente a los refugiados, y hacerles soñar con una vida mejor. Eres tan positivo, que tu nombre allí será, Positividad Raudales (no te preocupes, todos tenemos un nombre así) y la gente sabrá que eres un artista que toca el piano. Javier no lo sabía, pero aquel día su vida cambiaría para siempre.

Se despertó. Un ligero airecillo balanceaba la jaima en la que dormía. La abrió y salió. Cerca un camello pastaba un montón de hierba seca. Se alejó de allí, y se sentó sobre una duna, para ver el amanecer. Sabía lo que ocurriría aquel día. Montaría en uno de los camiones que lo llevaría al aeropuerto, a donde no iría para dar la bienvenida a otros voluntarios, esta vez era él el que regresaba a España.

Recordó la primera vez que pisó Mali, todo era tan diferente...El piano del campamento no era como el suyo, pero él no se quejó. Desde que llegó allí tocó el piano para todos desde niños hasta ancianos. Todos lo miraban estupefactos. Después, él pasó a escuchar los ritmos africanos de aquella tierra para plasmarlos en partituras y tocarlos él a modo de acompañante. Cuando unos islamistas radicales invadieron el norte de Mali, la cantidad de refugiados se incrementó. Él no se separó del piano, tocaba día y noche, para tranquilizar a todos. Echaría de menos aquella seca tierra.

Volvió a tocar en su piano de siempre, en su casa, pero sus pensamientos siempre regresaban al desierto, donde había pasado tanto tiempo. Y Javier supo que su alma siempre estaría dividida entre dos tierras, dos países...entre dos pianos.